

TRECE DE MARZO DE 2023

Yuyu, 3º ESO

Trece de marzo de 2023. Hoy día, hace tres años, se proclamó el estado de alarma en España. Lo recuerdo demasiado bien, esos recuerdos vívidos siguen en mi mente y me torturan todas las noches antes de dormir. Claro, fue algo que nos marcó a todo el mundo. La mascarilla me estorba, pero ya es costumbre llevarla. Marcos, mi mejor amigo y hermano de otra madre, me está mirando. Estaba preocupado, lo podía ver en su mirada.

—Sonia —llamó mi atención, aunque yo no paraba de mirarle—. ¿Sabes cuándo va a volver Juan?

Ahí estaba la pregunta que había estado intentando evitar, aunque fuera solo en mi identidad. Aparté los mechones rubios que me estaban molestando en excesivo, pensando en una respuesta. No sabíamos nada de Juan. Ir a la ciudad era una misión muy complicada que uno de los seis que éramos tenía que afrontar una vez al mes, cada vez rotando nuestro orden. Sentía aún el abrazo que me dio Juan y la cálida mirada de sus fríos ojos azules. “Estaré bien”, fue lo que nos prometió, pero temíamos que hubiera roto su promesa.

—No... No lo sé —pude articular al fin mientras un nudo se formaba en mi garganta—, pero volverá.

El tono inseguro y tembloroso de mi respuesta, sobre todo en la última parte, era suficiente para hacer ver a aquel muchacho de pelo casi negro delante de mí todo el miedo que sentía. Habían pasado más de tres horas, los mensajes que le enviábamos no le llegaban y la desesperación era la nueva habitante de aquella casa subterránea. Intentaba no hacerlo, pero me era inevitable crear cientos de escenarios catastróficos en mi cabeza. A pesar de eso, tenía la esperanza de que Juan volvería.

—Juan volverá y lo juro porque me llamo Sonia. —Sé que no se debe jurar en vano, pero eso era lo único que me consolaba.

O eso creí antes de oír la puerta sonar. Marcos y yo nos miramos, sonriendo y con los ojos cristalizados. Nadie más, aparte de Juan, sabía que estábamos aquí. Nos levantamos lo más pronto posible y fuimos al salón, donde estaban los demás: Elizabeth, Lucas y Amanda nos

miraban con un brillo característico, el que hacía ver que algo significativo iba a pasar. Lucas, el menor de todos nosotros, se nos adelantó a ver a través del telescopio quién era. Me extrañó la forma en la que su pequeño y delgado cuerpo se tensó y se giró a vernos con una expresión que jamás en mi vida podría olvidar.

—Juan está infectado.

Las palabras nos cayeron como un balde de agua fría. Miraba a todos, sin podérmelo creer. Decidí asomarme a través del telescopio y, efectivamente, ahí estaba Juan. Su piel bronceada ahora era más pálida y de un tono verdoso. Había una especie de mordida arriba de su clavícula y nos sonreía, pero de una forma demasiado terrorífica. No pude evitarlo y pegué un pequeño chillido, alejándome de ahí.

—¡Hay que tapar toda la casa y tratar de salir o matarle! —grité con todos mis sentidos encendidos.

Mis compañeros actuaron demasiado rápido y sin rechistar, ya que eso era lo que debíamos de hacer. Empezamos a aislar cualquier posible entrada, aunque era casi imposible entrar sin conceder acceso desde dentro. Huimos y nos encerramos en la habitación que compartíamos Marcos, Amanda y yo, ya que era la que estaba más alejada, y cerramos la puerta con pestillo.

—¡Sonia, busca la pistola rápido! —me ordenó Marcos, a lo que yo obedecí temblando.

Saqué la pistola y cargué todas las balas que pude. Mis piernas parecían estar hechas de flan, pero una mano en mi hombro me sacó de mis miles de horribles pensamientos y de mis ganas de echarme a llorar. Pude ver cómo Elizabeth, a través de esos cabellos rizados, me sonreía. Eso me transmitió tranquilidad, pues sabía que en ese momento no iba a estar sola.

—Deberíamos de salir —sugirió Amanda, llamando la atención del grupo.

—Pero... ¿No sería peligroso? Deberíamos tener seguridad sobre que tenemos ventajas antes de... —Elizabeth habló y se paró al final. Yo la entendía, no era fácil decir que tenías que matar a tu amigo.

—¡Da igual! En algún momento tenemos que morir y, como están las cosas ahora, obviamente queremos sobrevivir, pero ¿qué más da si morimos aquí y ahora?

Todos miramos a Lucas sorprendidos, nunca habríamos esperado algo así viniendo de él. Siempre tan tranquilo, tan feliz, como si nada de esto le hubiera afectado nunca. Lucas no esperó a que nuestra sorpresa pasara y me arrebató la pistola. Salió de la habitación y lo único que recuerdo es escuchar unos gritos, un par de tiros y aquel chico que no pasaba el metro sesenta regresando con nosotros.

—Juan está muerto, así es como debería ser. —Si lo de antes había sido impresionante, lo de ahora me dejó sin talento—. Igual que tú, Sonia.

Todos se giraron hacia mí, con una sonrisa siniestra. Pude ver entonces aquella marca que señalaba que habían sido contagiados y, en menos de cinco segundos, se abalanzaron sobre mí como si fuera una presa y ellos unos leones hambrientos.

Negro. Eso fue lo único que vi hasta que un sonido estridente e incesante invadió mis oídos. Era... ¿el pitido de una alarma? Como pude abrí los ojos, ya que la luz solar me estaba cegando totalmente. Pude ver a mi madre en mi habitación, recogiendo la ropa que había desperdigada por esta. Espera, ¿estoy en mi cuarto? ¿Qué ha pasado?

—Mamá, ¿qué ha pasado?

—¡Por Dios, Sonia! Te he dicho miles de veces que eches la ropa en el cesto, ¡pero por un oído te entra y por otro te sale!

—¿Y el virus...?

Mi madre paró abruptamente de hablar y me miró con sorpresa. Sus ojos azules reflejaban lo mucho que le había asustado esa pregunta. Se aclaró la garganta y tomó la palabra de nuevo:

—Hija, la pandemia ya ha acabado hace meses. ¿No lo recuerdas? Hoy, hace tres años, empezó todo, pero no pasa nada porque ya estamos bien.

Eso me dejó pensando. Entonces, ¿todo había sido un sueño? El sonido de mi móvil me sacó de mi mente, leyendo los mensajes de los que eran mis amigos. Marcos, Lucas, Elizabeth, Amanda y Juan. Los cinco, estábamos bien. Todo había pasado, por fin.

Trece de marzo de 2023. Hoy día, hace tres años, se proclamó el estado de alarma en España. Lo recuerdo demasiado bien, esos recuerdos vívidos siguen en mi mente y me torturan todas las noches antes de dormir. Sin embargo, ya todo está bien y no debo preocuparme nunca más, ¿cierto?